

Por su parte, la emperatriz enteraba de todo á Gunther, y éste, en cambio, le refería las aventuras galantes de su esposo. De todo lo cual se dedujo que el depositario de los secretos de Sus Magestades debió aprovecharse de ellos para atacar á los rivales de su hermana.

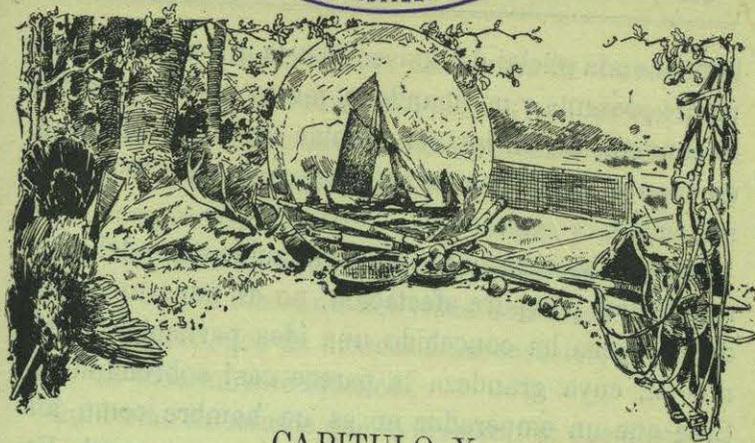
Es de suponer que el primer anónimo fué en el ánimo de Gunther, una especie de broma, buena para después de la fiesta de Grunewald.

Viendo que el golpe había sido certero, continuaría, imaginándose obrar en bien de su hermana. Surgieron entonces imitadores, cuyo número aumentó de día en día, y llegó el momento en que, según la citada frase de la emperatriz viuda de Federico, la mitad de la sociedad de Berlín escribía cartas anónimas á la otra mitad.

El emperador no quiso que el delito quedara impune. Una marquesa eutranjera, que había servido de secretaria al duque Gunther, salpimentando sin duda los anónimos, fué conducida á la frontera por dos agentes de la policía política, con orden de no volverse á presentar nunca en Berlín. Era mujer muy lista, amiga fiel de Gunther desde hacía dos años, y una de las personas que asistieron á la fiesta de Grunewald. Protestó enérgicamente contra su destierro, pero el gobierno no hizo caso de su protesta.

En cuanto al duque Gunther, se le notificó que, en lo sucesivo, únicamente se toleraría su presencia en Berlín y en Potsdam muy de tarde en tarde y sólo durante ocho días á lo sumo.

HACIENDA  
DE LA GAVIA  
CELAYA, GTO.  
DAVID DEL CASTILLO NEGRETE



## CAPITULO X

Guillermo II, emperador. - Su retrato físico y moral. - Su manía fotográfica. - Su coquetería. - Su *toilette*. - Sus frecuentes cambios de traje. - Varias anécdotas. - Guillermo, amigo de los artistas. - Su afición á los juegos de naipes. - Las barajas imperiales. - Autógrafos. - Objetos de escritorio. - Correspondencia. - Anécdota.

El 27 de enero último (1), Guillermo II ha cumplido cincuenta y un años. De facciones regulares, frente alta, aunque deprimida en la parte superior, ojos claros, de mirada viva, con una extraña mezcla de dureza y bondad; labios nerviosamente contraídos, que á menudo se despegan para dejar escapar una frase sarcástica ó una sonrisa amarga ó desdeñosa; pelo castaño con reflejos rubios que fueron dorados y hoy empieza á blanquear la ceniza de los años; de buena estatura, arrogante, con mucha altivez en su porte y cierta reserva misteriosa en su expresión, sabe cubrir sus facciones naturales con una máscara de dignidad suprema y adoptar las imperiosas actitudes que convienen á la pompa teatral de que rodea su vida pública.

Hasta la manera altiva de llevar el bigote cuadra con

(1) 1910.

la fisonomía oficial del kaiser, con la que más comúnmente presenta y no abandona jamás en las grandes circunstancias, en las ceremonias civiles y militares, en cuantas ocasiones se halla en contacto directo con su pueblo.

Mas no se crea que Guillermo cuide tanto del aparato teatral por pura afectación; no es fatuo ni comediante; pero ha concebido una idea particular de su misión, cuya grandeza le parece casi sobrehumana. Cree que un emperador no es un hombre como los demás y quiere desempeñar dignamente su papel. Es más; no le basta ser un emperador cualquiera, sino que quiere distinguirse en el glorioso linaje de los Hohenzollern.

Para esto, ya lo hemos dicho, sigue, en cuanto puede, el ejemplo de su abuelo Guillermo I, y procura igualar, si no exceder, á Federico el Grande, á quien tomó por modelo desde la juventud.

Sus dos cualidades principales son la actividad y la firmeza de carácter.

De su actividad ya hemos hablado en uno de los anteriores capítulos; sólo añadiremos que se extiende á todo lo que mueve su ánimo y ocupa su inteligencia.

Sin contar los graves problemas políticos y económicos que ha debido estudiar como soberano, ha puesto su anhelante curiosidad en los asuntos más diversos.

Sucesivamente predicador, arquitecto, músico, pintor, dramaturgo, dotado de una gran fuerza de asimilación, ambiciona abarcar por si solo el campo vastísimo de todos los conocimientos humanos. Su cerebro se halla en ebullición perpetua. En todas partes trabaja y se agita. Oye informes de ministros hasta en el tren,

y da audiencia hasta en las estaciones de ferrocarril. Circula en coche, á caballo ó á pie con una rapidez pasmosa, dejándose ver casi simultáneamente en diversos puntos, como si tuviera el don de la ubicuidad y todavía halla tiempo para recrearse en la lectura y el estudio. Pero, bien mirado todo, hay más agitación que laboriosidad en esa incesante actividad de su vida.

Su voluntad, que da firmeza á su carácter, es absoluta, verdaderamente tiránica.

Guillermo no admite que le resistan, ni que discutan sus órdenes.

Exige, en torno suyo, obediencia ciega, ó pasiva al menos.

La menor veleidad de contradicción le irrita. «Aplastaré á todo el que se oponga á mis designios» decía al principio de su reinado.

Lo mismo á sus enemigos del interior que á los del exterior, dirige amenazas en forma de divisas: «Que me odien con tal que me teman:» «Nadie me provoca impunemente». Ni aun quiere que prejuzguen sus decisiones. Entregarlas á la publicidad antes del momento que él creyó oportuno, es atentar contra su autoridad y privarle de un placer. Le gustan las cosas repentinas, y goza en «hacer tocar generala» así en los corrales como en las calles.

Sin embargo, el carácter de Guillermo no se reduce á los rasgos que acabamos de indicar. Es bastante complicado y contradictorio.

Ese hombre impulsivo se muestra á veces lleno de reflexión, y cordura; ese hombre autoritario cede á la piedad y muestra los sentimientos más generosos; ese hombre, casi brutal, es propenso á la meditación y

hasta se inclina al misticismo. Parece siempre dispuesto á vestir la armadura del caballero del Cisne. De los múltiples uniformes que posee, hay dos que merecen su preferencia por su fastuosidad teatral; el de húsares de la Guardia y el de guardias de corps, blanco, con botas altas y casco de águila con las alas extendidas.

En las grandes solemnidades lleva, sobre este uniforme, el manto de terciopelo rojo de los caballeros del Águila Negra que por sí solo renueva un vestigio de las pompas romanas. Con ese casco y con ese manto hizo Guillermo sus primeras apariciones oficiales, y de ahí sin duda el sobrenombre de Calígula que malas lenguas le pusieron al principio de su reinado.

En los tiempos heroicos, el actual emperador de Alemania hubiera podido realizar grandes proezas.

Hoy su alma caballeresca se halla en eterno conflicto con los acontecimientos y con los hombres, lo cual explica sus variaciones, sus incoherencias y sus yerros. Pero, en realidad, no tiene nada de tirano. Su temperamento, algo teatral, le impulsa á explotar sistemáticamente el valor decorativo y estético del personaje que representa; pero su prestigio, que tiene mucho de artístico, como hecho de impresiones plásticas, no tiene nada de común con el trágico prestigio de los déspotas.

Sus continuas transformaciones, sus exhibiciones aparatosas, su afición á retratarse en olímpicas actitudes, su manía de vestir diez uniformes y representar diez papeles cada día, son medios de impresionar al público.

Sabe que las sensaciones son la fuente directa de las ideas. Quiere imprimir un sello á la nación alemana; quiere ser su dios, pero un dios sin intermediarios, que

dirige todas las cosas, así las más pequeñas como las más grandes; el dios que empezó por suprimir á Bismark, al mismo tiempo que renovaba las leyes suntuarias, decretaba la forma de los trajes de gala y reglamentaba hasta los detalles de la cocina imperial; el dios que quisiera volver á crear toda la Alemania á su imagen, olvidando que la nación alemana es un país de pensadores y de sabios y un agregado de individualidades muy distintas, que no se dejarán réfundir en un molde único.

Pasaron los tiempos en que bastaba herir la imaginación de los pueblos para dominarlos; en que un histrión de superior talento podía aspirar á gobernar el mundo con grandilocuencia y pompa.

Ya no hay hombres providenciales.

Ni en religión ni en política, se gobierna ya á los pueblos cultos del día con los artificios que dieron excelentes resultados en los comienzos de la historia.

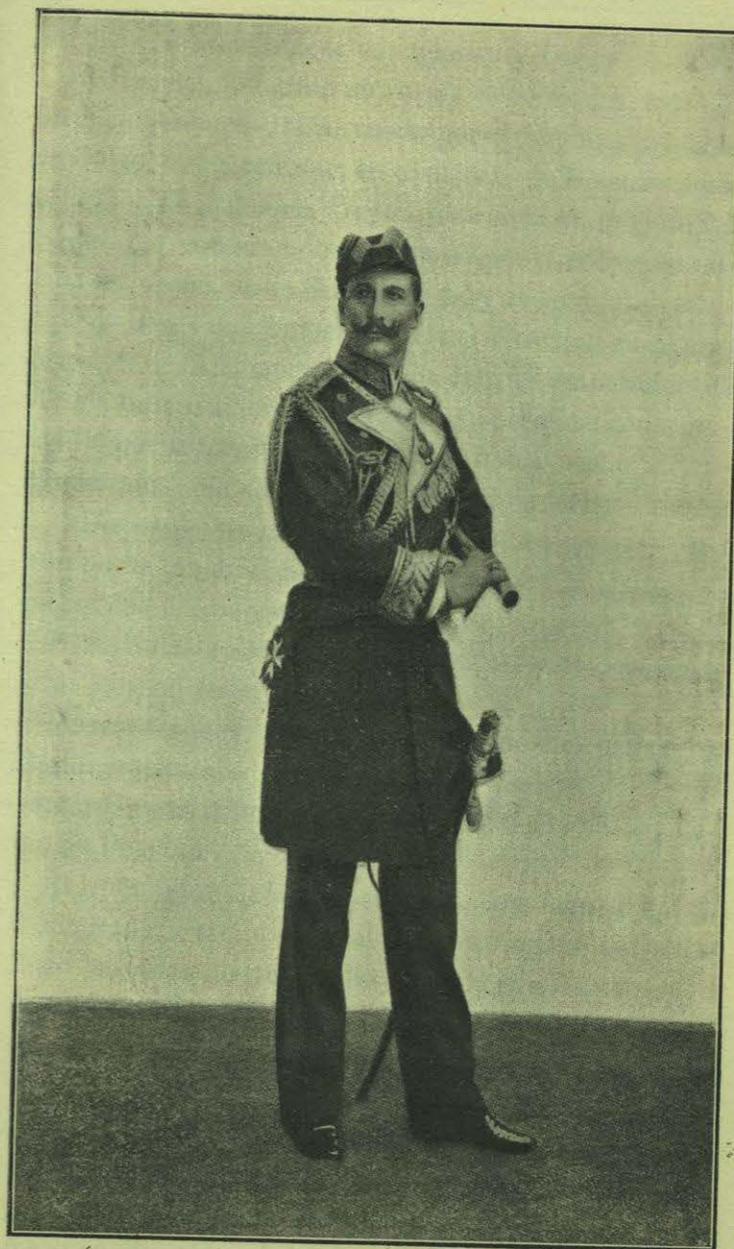
Por más que se prodiga, por más que se exhibe vistiendo magníficos uniformes, no logra suggestionar sino á una pequeña minoría de la nación alemana. Convirtiendo en materia de prestigio real sus actitudes plásticas, reproducidas hasta el infinito por la fotografía y el grabado, sus trajes majestuosos, el águila de su casco, la púrpura del manto imperial, Guillermo II se hace ilusiones sobre los efectos de la sugestión directa. Él, tan moderno bajo otros aspectos, remonta la corriente de la historia explotando el fetichismo de las tribus primitivas, que ya produce escaso efecto en un pueblo que lee los debates políticos y se precia de distinguir la fisonomía humana bajo la máscara del héroe imperial.

Falta saber si cree ó no en el papel que representa,

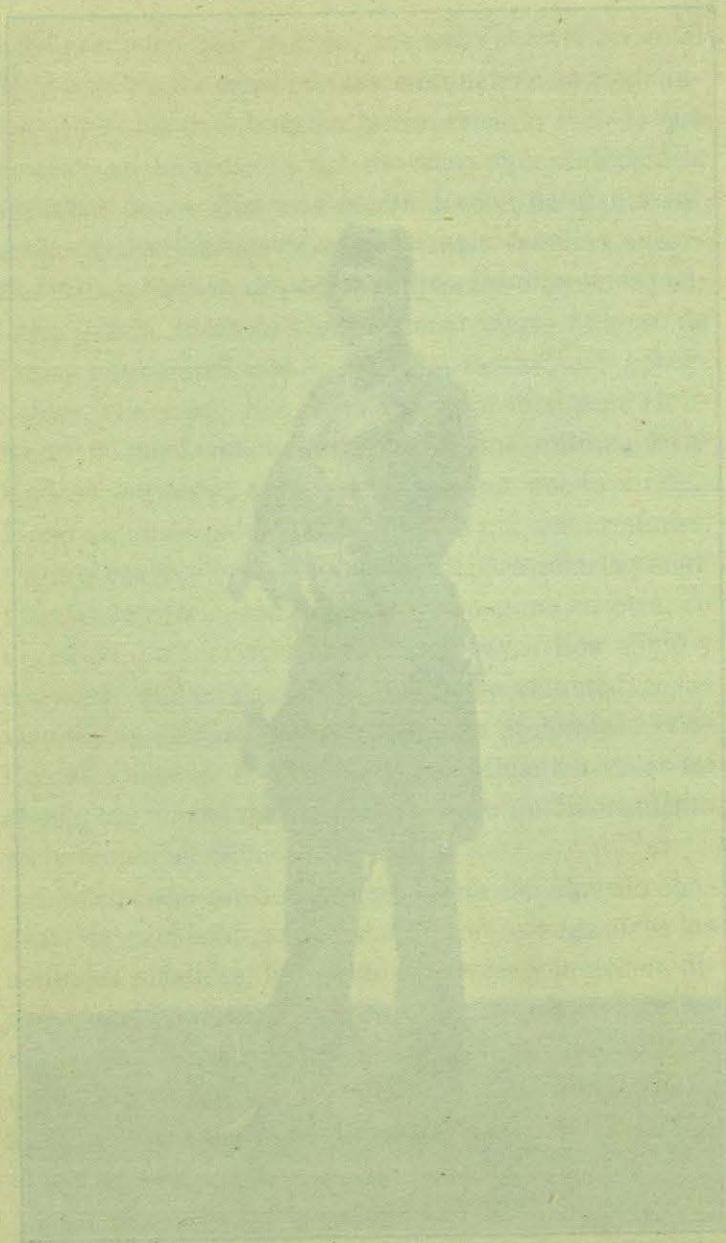
pues por poco que lo crea, merece, ante el tribunal de la historia, la gracia de las circunstancias atenuantes. ¡Pues bien!, á nuestro juicio, cree en todo lo que profesa, en la armonía del universo subordinada á la voluntad de un dios y de media docena de manarcas; en la predestinación de unas cuantas familias encargadas de gobernar, de padres á hijos, los diferentes pueblos, y en la necesidad de mantener cierto número de frenos y supersticiones para que las masas sean gobernables. «Para mí, dice en una carta al almirante Hollmann, no hay la menor duda de que Dios continúa revelándose, sin cesar, en el género humano creado por él... Lleno de amor paternal y de interés por sus criaturas, sigue el desarrollo de la humanidad, para guiarla y enaltecerla; se revela, tan pronto en uno como en otro, en un sabio, en un sacerdote, en un rey... Los eligió y consideró dignos de realizar, según su voluntad, cosas magníficas é imperecederas, tanto en el dominio intelectual como en el dominio físico. ¡Cuántas veces mi abuelo me afirmó que no era más que un instrumento en la mano del Señor!»

Lástima que un hombre que tiene tan elevado concepto de su misión, adopte como medios sugestivos las actitudes plásticas, los efectos teatrales y la acción directa por la imagen fotográfica. Cierto es que las exterioridades de los gobernantes ejercen no poca influencia en la política, y la fotografía ha contribuido mucho á acentuar y extender la importancia del físico de los hombres de Estado.

Esta importancia no podía escapar á Guillermo II, tanto menos cuanto que está justamente convencido de su buena presencia. Así es que se hace fotografiar



GUILLERMO II CON UNIFORME DE MARINA



en todas las actitudes, situaciones y trajes posibles.

M. Russell, fotógrafo de varias casas reales, estando un día en Coburgo, fué invitado por el entonces príncipe de Gales, á ir á retratar, en el palacio de Rosenau, una colección de príncipes y reyes. Cumplida su misión, iba á retirarse, cuando notó que en su nueva colección faltaba un cliché, el de Guillermo II, y se lo dijo al príncipe de Gales que empezó á gritar: «¡Reclaman al emperador de Alemania! ¿Dónde está el emperador de Alemania?» Guillermo II acudió y se defendió un momento por la forma. M. Russell le había hecho ya tantos retratos que no veía la necesidad de hacer otro.

—Dispense Majestad—contestó el fotógrafo,—pero aún no he tenido el honor de fotografiar á Vuestra Majestad con el uniforme que hoy lleva.

Esta contestación venció las vacilaciones del kaiser y M. Russell pudo sacar su cliché.

Meses después, encontrándose el mismo artista en Berlín, recibió un aviso telegráfico invitándole á presentarse á las ocho de la mañana siguiente en el palacio de Potsdam.

El emperador había descubierto una laguna en su iconografía. Pero al fotógrafo se le escapó el tren y no llegó hasta las nueve. Guillermo II, que le había estado esperando sin poder asistir al desfile de la guardia, no manifestó el menor disgusto á M. Russell que sacó varios clichés.

«En pocos minutos, dice éste en sus *Impresiones* publicadas años atrás en un periódico inglés, le fotografié sucesivamente vestido de general alemán, primero en pie, luego á caballo y por último en traje de coronel de húsares. Cuando se hace fotografiar, Gui-

lhermo II cuida siempre de adoptar actitudes heroicas, al contrario de mis otros modelos, que buscan las posturas y las expresiones más familiares.»

Guillermo II es el único de los actuales soberanos que consienten en disfrazarse, aunque en rigor no deben considerarse como disfraces los uniformes que viste, según las circunstancias, con el único objeto de rendir un tributo de cortesía á los personajes que le son presentados. Si recibe á un jefe del ejército, lo hará en traje de general del arma á que éste pertenece, y en traje de almirante si se trata de un marino. Para recibir á representantes ó agregados militares de las potencias extranjeras, se pondrá el uniforme de estos extranjeros, si lo posee, ó al menos las insignias de sus órdenes más elevadas.

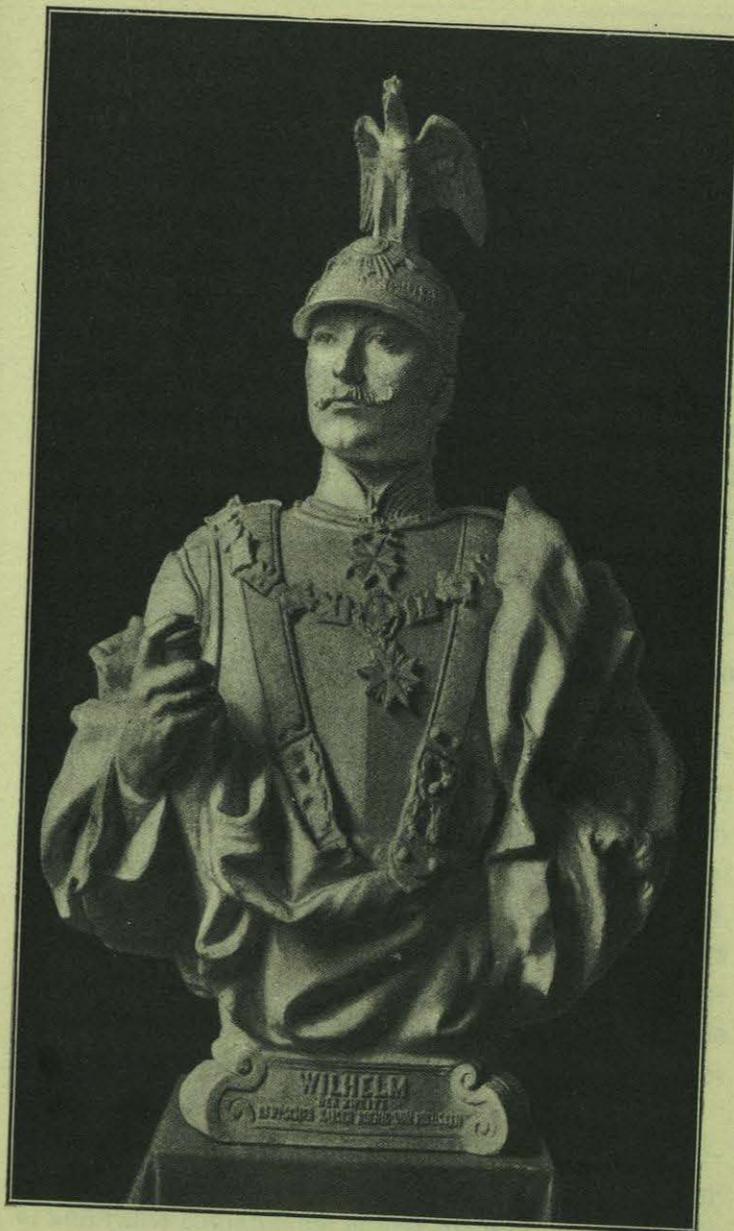
No es pues extraño que el kaiser gaste un dineral en su *toilette*. No solamente cuida mucho del aseo de su persona, como dijimos al hablar de su tocador, sino que es de una coquetería refinada.

Es aficionadísimo á las joyas, y á toda clase de adornos artísticos. Siempre lleva cinco ó seis sortijas, varios dijes de reloj y, á veces, un brazalete en la muñeca derecha.

Su pelo, su bigote y sus uñas son objeto de cuidados meticulosos. Se mira, con frecuencia, en los espejos que encuentra al paso ó en un espejito de bolsillo que no abandona nunca.

Aunque tiene varios sastres para sus trajes de paisano, viste generalmente de uniforme. Pero le gusta vestir siempre con elegancia.

No lleva sino guantes inmaculados y posee una colección de calzado tan variada como innumerable.



BUSTO DEL EMPERADOR GUILLERMO II EN UNIFORME DE GUARDIA DE CORPS

Cuando va de viaje oficial, es todo un problema elegir y empaquetar los uniformes y accesorios apropiados á las circunstancias.

Pero aún hay otra operación más delicada: el transporte de las condecoraciones del kaiser, que valen en junto más de un millón de marcos. Guillermo acostumbra llevarlas en todos sus viajes, exceptuando sólo las cacerías.

El cofrecito que contiene las placas y las cruces se halla bajo la vigilancia constante de un empleado de palacio, que acompaña al emperador á todas partes, y que, al regreso de cada viaje encierra el precioso cofrecito en el Tesoro, junto á las joyas de la corona.

¡Ay del que cometa la más pequeña infracción en el servicio de guardarropía! El emperador le da una importancia suma y castiga, sin piedad, á los que hacen fracasar sus efectos teatrales.

Un día que había ido á hacer una visita de solemnidad á Francisco José, queriendo que su entrada en Viena fuese sensacional, había ordenado que le enviaran un magnífico uniforme de gala de *feldmariscal* austriaco, que le sentaba muy bien. Desgraciadamente, el dicho uniforme no llegó á su destino hasta una hora después de la ceremonia, en que el kaiser se había tenido que contentar con exhibirse en un modesto traje de diario. Aquella misma noche, el culpable fué despedido de palacio.

En otra ocasión, durante un crucero por el Mediterráneo, Guillermo había sido convidado á comer por el almirante comandante en jefe de la escuadra inglesa anclada en el mismo puerto que el *Hohenzollern*. En el momento de sentarse á la mesa, á bordo del buque

maravillosamente iluminado y empavesado, gran consternación: no se encontraba en parte alguna el cuchillo-tenedor del kaiser. Ya hemos dicho que á éste le es imposible servirse simultáneamente de un cuchillo y tenedor ordinarios. Una persona de su servidumbre está encargada de llevarle, donde él come, el ingenioso instrumento inventado para su uso. Sin embargo, por amor propio, Guillermo no quiere que lo pongan en la mesa antes de su llegada, y aquel día lo habían puesto mucho antes. Pasando casualmente por el comedor, el kaiser lo vió y, malhumorado, se lo metió en el bolsillo. Ya no se acordaba del instrumento cuando vió las caras consternadas de los oficiales de á bordo, las febriles idas y venidas del personal á la hora de la comida, y comprendió lo que pasaba. Entonces dijo sacando el utensilio y poniéndolo sobre la mesa:

—No apurarse, señores. Ya pareció lo que se buscaba.

Al día siguiente, el autor del renuncio fué también despedido.

Obediencia y puntualidad: tales son las dos primeras cualidades que Guillermo exige de los que le sirven. Durante mucho tiempo tuvo un barbero de una inexactitud deplorable. Después de varias observaciones, le regaló irónicamente un magnífico reloj de oro, diciéndole:

—Espero que, de hoy en adelante, seréis puntual.

Y, efectivamente, el barbero fué, durante algún tiempo, un modelo de puntualidad. Pero luego, poco á poco, volvió á las andadas, reincidiendo en la mala costumbre de llegar siempre tarde.

Una mañana en que llegó para afeitarse á su augusto

cliente con un cuarto de hora de retraso, preguntóle el kaiser:

—¿Tenéis aún el reloj que os regalé?

—Sí, señor, aquí está.

—Entonces, puesto que de nada sirve, voy á daros otro...

Y, tomando el reloj de oro de manos del barbero estupefacto, le entregó en su lugar otro de níquel que valdría, á lo sumo, cinco marcos.

El kaiser es aficionado á las bellas artes y á la literatura; pero de sus trabajos literarios y artísticos hablaremos en capítulo aparte. Sin embargo, ya que en éste hemos hecho referencia á su afición de exhibirse en efígie, diremos de paso que afecta encontrarse á gusto entre artistas, y que á los pintores les encarga numerosos cuadros, aunque los retribuye con bastante mezquindad.

Nunca paga más de mil marcos por cada uno de sus retratos al óleo. Á veces añade una condecoración, que no le cuesta nada, ó una chuchería comercial de poco precio.

Los juegos de naipes constienden una de sus distracciones favoritas, con la condición de que las puestas sean insignificantes.

No se sirve de barajas ordinarias. Una fábrica de Sajonia-Altemburgo se las proporciona de varias especies, conforme á sus propias indicaciones.

Tiene barajas especiales para jugar al «skat» (juego muy común en la corte), cuyas figuras difieren mucho de la iconografía de los naipes prusianos. También utiliza barajas francesas, con tipos de la historia de Francia: el rey de *pique* representa á Luis XIV; la dama

es una graciosa morena con abanico; el *valet*, un fiel arcabucero que vela por su rey; Francisco I es el rey de *cœur*; Carlos VII, el de *carreau*; Inés Sorel, la dama del mismo palo; San Luis, el rey de *trèfle*. Estas barajas, fabricadas también en Altenburgo, son notables por la riqueza artística de su ejecución.

Guillermo II es aficionadísimo á los autógrafos. Posee una preciosa colección de cartas de monarcas, generales y grandes capitanes de todas épocas y países.

Los coleccionistas se disputan los autógrafos del kaiser, y si no alcanzan elevados precios es porque abundan, pues con seguridad no hay otro soberano que escriba tanto como él.

Día y noche tiene el lápiz en la mano para tomar notas, hacer reparos ó correcciones al margen de los libros, periódicos ó cartas que recibe: á veces, durante una revista, inspección ó ceremonia cualquiera, traza en el puño de la camisa breves palabras que le recordarán una impresión fugaz, ó una idea digna de estudio.

En su gabinete, emplea, sobre todo, plumas de ave, con las cuales hace la letra alta, espaciada y gruesa. Por esto usa papel de marca mayor, que tiene grabado, en el ángulo superior de la izquierda, un escudo de oro sobre el que se destaca un águila imperial negra con el pico y garras de un rojo vivo. Rodea el escudo un doble adorno: la orden de la Jarretera en azul, con esta divisa: «Honni soit qui mal y pense,» y el collar del Águila Negra, y lo remata la corona imperial.

Á bordo del *Hohenzollern*, el papel cambia, pues adórnalo banderas imperiales y reales con las astas cruzadas, bajo esta inscripción: «S. M. I. Hohenzollern.» Las tres iniciales que preceden al nombre del

buque significan: *Seiner Majestät Yacht* (yate de Su Majestad).

El kaiser recibe un promedio de quinientas ó seiscientas cartas diarias, que varios oficiales de secretaría tienen la misión de contestar, á mano ó con dactilógrafo, conforme á las indicaciones del emperador. Á menudo, Guillermo se entretiene en hacer funcionar alguna máquina de escribir, muy orgulloso de la rapidez con que la maneja y que le permite producir unas cincuenta palabras por minuto.



El emperador vestido en traje de gala del Yacht-Club-Imperial

También escribe á mano numerosas y extensas cartas, á sus amigos personales, á elevados personajes, á sabios, escritores ó artistas, á quienes quiere honrar con un especial testimonio de simpatía. Algunas de estas cartas son de doce, quince y hasta diez y ocho páginas. No siempre es fácil leer-

las, pues el fogoso redactor escribe, generalmente, con un apresuramiento febril, abreviando palabras, suprimiendo sílabas, recargando con esquemas ó croquis su texto ya compacto.

El kaiser tiene también la manía de las tarjetas postales, y las envía en gran número, durante todos sus viajes, á los miembros de su familia y á sus amigos.

Guillermo nunca fuma en pipa, que le da náuseas, y raramente cigarros puros, que duran demasiado.

Prefiere fumar cigarrillos, sobre todo cuando monta á caballo; pero jamás los apura, sino que los tira después de unas cuantas chupadas.

Los golfos de la capital, que conocen su costumbre, se precipitan á su paso para recoger las colillas imperiales que venden luego á los coleccionistas.

Uno de los rasgos característicos de Guillermo es que abarca las cosas más grandes lo mismo que las más pequeñas.

Entre dos discursos políticos, da órdenes á su cocinero, monta á caballo para ver un desfile de tropa ó alarmar á una guarnición, cambia un par de veces de uniforme para dar audiencia á dos jefes de distintas armas, toca al piano la última pieza en boga, esboza una acuarela, retoca una escena de un drama, discute el corte del vestido de la emperatriz, habla mucho, porque piensa mucho y experimenta la necesidad de confiar sus pensamientos á todo el mundo, justificando su fama de hombre universal, porque, realmente, es uno de esos espíritus que ignoran el reposo, no pierden nunca un minuto y se lo asimilan todo con una estu-penda facilidad.



## CAPITULO XI

Guillermo II y el ejército. - Incoherencias del kaiser. - Teoría y práctica de sus principios económicos. - Banquetes militares. - La oficialidad de la Guardia. - Oficiales víctimas de la usura. - Agria respuesta del general Kessel á una censura del kaiser. - Curiosa discusión entre Guillermo y la princesa Radziwill. - Intransigencia del kaiser en punto á disciplina militar. - El despertador del coronel. - Varias anécdotas. - Afición del emperador á los viajes. - Á bordo del *Hohenzollern*. - Guillermo II, predicador. - Su corrector de estilo. - Su manía oratoria. - Críticas de la prensa alemana.

Uno de los sentimientos más arraigados en el corazón del kaiser es el amor al ejército, que le procura las más gratas satisfacciones.

En ninguna parte se encuentra tan á gusto como en medio de sus soldados.

No sólo se complace en dirigir las grandes maniobras y en hacer desfilar regimientos á son de música, sino que también se mezcla en la vida de sus oficiales, frecuentando sus mesas redondas, cuidando de su corrección y moralidad, y tratándoles como jefe y como amigo.

Sin embargo, en sus relaciones con la oficialidad hay algo de incoherente, como en todos los actos de la vida